

empiezo a entender. Me tuve que valer de un intérprete, y en cinco minutos que hablamos me dijo que tenía gran afecto por la memoria de mi padre, le di las gracias y, como había entre nosotros una gran distancia, allí terminamos la entrevista. No he puesto los pies en Alemania ni antes ni después".

El intérprete, Von Engelbrechten, había tenido alguna amistad en España con el general Primo de Rivera. Ya fusilado José Antonio, Von Engelbrechten solicitó el ingreso en una organización del Partido nazi, y en su petición, exagerando méritos, mencionó una "larga" entrevista con el Führer. Pues bien, el señor Viñas se acoge a esta versión y oculta la absolutamente lógica de José Antonio, admitida en plena pasión de la guerra civil por el Tribunal que le juzgó. Asimismo, cuando alude a las presiones alemanas y de otros países para evitar que se pusieran dificultades a los técnicos extranjeros que venían ocupando lugares de privilegio en la industria y el comercio, silencia que José Antonio intervino entonces de forma convincente y apasionada, en el Parlamento, en contra del intrusismo foráneo.

Como resultado de la absoluta falta de relación entre José Antonio y la Alemania nazi, no figura ni una sola vez Falange en las gestiones de ayuda alemana al Alzamiento Nacional, ni antes ni en los días siguientes al 18 de julio de 1936. De ahí el fracaso del intento de arrojar el supuesto lodo nazi sobre la figura más noble de la política española».

«BAROJA Y SU RALEA»

Con este título, Ernesto Giménez Caballero publicaba en «ABC» del 10 de enero el texto que figura a continuación:



ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

UN amigo sacerdote me envía cierta revista donde un señor, para mí desconocido, me acusa de haber yo compilado y prologado el libro de Pío Baroja, "Comunistas, judíos y demás ralea", y publicado en Ediciones Reconquista, de Valladolid, por 1938 (1). Lo que me causa ahora tanta risa como emoción cuando descubriera tal libro estando en el frente con la IV de Navarra... Recuerdo que, apenas pude, fui a saludar a don Pío en Vera y agradecerle la honra que para mí significaba haber utilizado, de prólogo, un ensayo por mí publicado en la revista "JONS", en su número 8, por el otoño de 1933, y que le enviara. Baroja me respondió que lo había editado Ruiz Castillo, el de "Biblioteca Nueva". (Que a mí me publicara "Yo, inspector de alcantarillas", amigablemente, sin derechos de autor. ¿Qué diría hoy aquel buen amigo si supiera que se va a reeditar

(1) Esa «cierta revista» a que se refiere el señor Giménez Caballero es TIEMPO DE HISTORIA, y el «señor desconocido», José Antonio Gómez Marín, quien publicaba en nuestro primer número el trabajo «Los fascistas y el 98», al que contesta —sólo en uno de sus puntos— el articulista de «ABC».

prologado por un norteamericano y como libro introductor del surrealismo en España?) Escribí a Ruiz Castillo, pero no me contestó. Sin duda creyó prestar un buen servicio a Baroja por 1938, cuando su vuelta a España provocara ciertas reacciones. Lo que confirmaría el propio Baroja en dicho libro, capítulo VIII, página 92: "En Vera me visitaron algunos jóvenes falangistas y me preguntaron:

—¿Y usted no va a escribir en España algo sobre el momento actual?

—¿Pero no estamos despreditados, según ustedes, los escritores de la supuesta generación del noventa y ocho?

—Para nosotros no. ¿Usted ha leído un artículo de Giménez Caballero titulado 'Un precursor del fascismo: Pío Baroja'?

—Sí; me lo mandó hace tiempo. Yo no me creo un precursor español del fascismo, pero es posible que haya sentido o presentido esa doctrina política como motivo literario.

—Una de las cosas que dice Giménez Caballero es esto: 'Baroja expresa en literatura hacia mil novecientos diez lo que Mussolini comenzó a realizar en la acción diez años más tarde'.

—No me hago ilusiones de ser tan importante. Además, ya sabemos que imaginar no es hacer y, en política, lo difícil es hacer. Por cierto, que también Ledesma Ramos, que fue el primero que proyectó en España el partido nacional sindicalista, me leyó un Plan en mi casa de Madrid antes de publicarlo.

—¿Y qué le pareció a usted?

—Entonces no me pareció viable, la verdad. Porque yo decía: '¿Pero usted sabe si hay gente que va a aceptar ese programa?'. 'No —me contestaba él—, pero la gente vendrá'. Ha leído uno tantos proyectos de esa clase que quedaron en embrión, que aquél me pareció uno más.

—Pues ése se desarrolló.

—Sí, es verdad.

—Así que, si no el padre, es usted el abuelo del fascismo español, es decir, de la familia, y, como persona de la familia, que le conste que en la Falange no ha habido ni hay hostilidad contra usted. Si usted escribe algo, se publicará y se leerá con atención entre nosotros.

—Hay otra dificultad para mí en escribir.

—¿Cuál?

—Que yo no he visto nada de la España nacional; únicamente el camino de Irún aquí.

—Pues salga usted y vaya usted donde quiera.

—¿Pero se puede?

—Claro que se puede".

Tal libro, publicado en 1938, contenía, según su página 2, "Cuatro artículos publicados antes de la guerra actual; los siguientes han sido escritos después" (es decir, entre 1936 y 1938).

Mis andanzas por el frente, el Consejo Nacional de Burgos, y, terminada la guerra, mi marcha a América, el ejemplar de ese libro se me extravió.

Cuando el centenario de Baroja, en 1973, estando almorzando con unos amigos en la avenida España, de San Sebastián, hablamos de cómo estaba la ciudad inundada con las obras barojianas en librerías y tenderetes públicos.

—Quisiera adquirir —les dije— un libro suyo publicado durante nuestra contienda y al que puso como prólogo un antiguo trabajo mío sobre él. Voy a comprarlo.

Me recorrí las librerías y los tenderetes y encontré todas las obras de don Pío menos esa.

—Debe de estar agotada —me respondían.

Al llegar a Madrid reanudé mi búsqueda sin el menor resultado, ya un tanto sospechoso. Por fin, un librero de lance de San Bernardo, 25, y amigo, logré sacara un ejemplar muy usado y deteriorado, cobrándome 500 pesetas. Lo volví a leer, y tornó a encan-

tarme su gracia y su genialidad. Utilizándolo en artículos para "Nuevo Diario", "El Alcázar" y "Pyresa".

Pero cuando hace poco estuve en Holanda telefilmando los vestigios españoles en los Países Bajos, una hispanista amiga mía me insinuó lo que, al volver a Madrid, publicaba esa revista, el haber sido yo el compilador de tal libro, además de prologarlo. ¿Habría alguna orden secreta que quizá pudiera aclarar el gran especialista barojiano Miguel Pérez Ferrero para salvar a nuestro querido novelista de tan nefandas ideas? Al parecer, más y no suyas. Como si las ideas fueran de "generación espontánea" y no resultado, a veces imperceptible, de anteriores generaciones. Pues ni en el espíritu ni en la materia hay espontaneidad en ninguna generación. La mía, mi promoción, que se ha dado en llamar del 27 por "La Gaceta Literaria", que la reunió entonces y está ahora de moda, no hizo sino desarrollar genes heredados de la inmediata de Ortega o 1915 y de la del 98, a cuyos componentes proclamara mis abuelos. Y la cual, a su vez, se inspirara en la previa doctrina nietzscheana de la voluntad de poderío. Baroja mismo, en sus "Memorias", recuerda que, en un periódico suizo, "Neue Züricher Zeitung", 14 de junio de 1931, Domik Muller (Paul Schmitz) escribía: "Por medio de Pío Baroja pude conocer más profundamente a España. Llegando a ser Baroja uno de los Führers (sic) espirituales españoles por medio de sus libros... al sentir el pulso de la nación y dando sus diagnósticos y pronósticos". Y en una carta de Ortega —6 de enero de 1904— recién publicada, dirigida a Unamuno, ya se decía: "ese Napoleón que esperamos y que llamaba Baroja con el nombre de 'Dictador' en el último o penúltimo número de 'Alma Española'..." Confirmándolo el propio Baroja: "En 1909 publiqué un

artículo en 'El Globo' defendiendo la Dictadura que luego publiqué en un libro titulado 'El tablado de Arlequín' sobre un Gobierno dictatorial como posible y hasta plausible. Para mí, la Dictadura es el procedimiento de convertir en hechos los deseos de la mayor parte del país". Añadiendo: "Somos individualistas. Por eso, más que una organización democrática federalista, necesitamos una disciplina férrea, de militares. Lo único que nos convendría es tener un jefe. Con una filosofía fría, realista, basada sobre los hechos y una moral basada en la acción".

¿Quiere decir todo ello que Baroja no era liberal? El máximo —según mi parecer— que haya tenido España. Un supremo aristarca. Y de ahí su desdén por la "ralea". Un espíritu libre como lo fuimos y seguimos siendo nosotros, sus insobornables y entusiastas seguidores.

Por ello resulta ridículo que hubiéramos podido nada menos que compilar un libro suyo, y en vida suya, y con la vigilancia inexorable de Julito, su leal y sabio sobrino. ¡Buenos nos hubiera puesto don Pío! El, que no vacilara en llamar "esquizofrénico" a un Maeztu y "poco inteligente" a un Madariaga. Por el contrario, en sus "Memorias" de 1944 a 1945 reproduce, con simpatía y afecto, cuanto uno escribiera sobre él.

Siento mucho defraudar a esos que el mismo Baroja llamaría "impostores", aunque no "joviales" en este caso. Los que le seguimos, aun después de su muerte y estando ya en otra vuelta del camino, hemos hecho nuestro su lema aquel: "Yo no tengo la costumbre de mentir. Los hechos de la vida están casi siempre tan conectados el uno con el otro que el mentir para darse tono me parece una estupidez sin objeto".

Lo cual no quiere decir que yo recrimine al señor de la revista. Sino el propio Baroja».